

LA IMPORTANCIA DE UNO

Johnny Hunt | Transcripción del sermón

[Para contexto, antes del inicio del servicio alguien cantó: “Thanks to Calvary (I Don’t Live Here Anymore)”]

Quiero hablarles esta mañana acerca de este tema: La importancia de “uno”. Estaré predicando acerca de qué significa “uno” y no pudieron haber escogido una mejor canción, un mejor cantante ni un mejor escenario para compartirles lo siguiente: que la mayoría de las personas que ustedes conocen no podrían cantar esa letra. Estoy seguro de que muchos de sus familiares, de sus compañeros de trabajo y de sus vecinos tampoco podrían cantarla. Y les voy a explicar por qué.

Hay una escena en el libro del Apocalipsis que me llama la atención, no estoy seguro de todo lo que implica que estemos llorando en el cielo y que Jesús llegue a enjugar nuestras lágrimas. Hay quien ha sugerido que se debe a que al llegar allí nos daremos cuenta de todas las personas que no nos estarán acompañando, pero una cosa es que ellos no estén allí porque rechazaron el evangelio y otra muy distinta que se deba a que nosotros no se los compartimos. Quiero que presten atención a dos pasajes de las Escrituras mientras pensamos en el valor de “uno”. Seré lo más simple, claro y práctico posible para intentar reafirmar la verdad que acabamos de cantar.

La Biblia nos enseña en Juan 1:45 —puedes leerlo en las pantallas— que: *“Felipe buscó a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a Jesús de Nazaret...”* Normalmente diríamos que Jesús nos encontró a nosotros, pero no importa cómo lo digas, esto es lo que dice la Biblia: *“Hemos encontrado... a aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas”*.

A lo que Natanael contestó con cierto tono de ironía: *“¿De Nazaret!... ¿Acaso de allí puede salir algo bueno?”* Ahora, Felipe pudo haber debatido acerca de la ciudad de Nazaret, un pueblo pequeño y sombrío, pero en lugar de eso, solo le dijo: *“Ven a ver”*.

¿Estarías de acuerdo conmigo si yo te digo que Felipe no pudo haberle pedido que viniera a ver a menos que él ya hubiera ido primero? Él tuvo que haber ido primero para entonces poder decir esas palabras. ¿Me explico?

Y después hay otro pasaje que ha estado en mi corazón y se encuentra en el relato de Mateo, en Mateo 13, verso 44. Es “La parábola del tesoro escondido” y dice así: *“El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre lo descubrió, lo volvió a esconder, y lleno de alegría fue y vendió todo lo que tenía y compró ese campo”*. Si por alguna razón no entiendes a qué se refiere la pregunta: ¿de qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida?, se está refiriendo a alguien que, cuando encontró a Jesús —porque esta parábola describe a Jesús— vendió todo lo que tenía debido a que encontró la perla de gran precio.

Yo recibí al Señor una noche y mi esposa y yo fuimos bautizados el siguiente domingo por la noche. Después de bautizarnos, nos obsequiaron una versión de bolsillo del Nuevo Testamento “Edición para ganar almas”. Como parte de mi entrenamiento, lo abrí y vi que decía: “Si estás visitando a alguien, hazle una pregunta y léele este verso”. Después decía: “En base a su respuesta, dale vuelta a la página”. Esto fue hace cuarenta años. Tenía apenas unas seis semanas de haberme convertido y yo era el administrador de un salón de billar. En esa época yo era un buen jugador y un buen apostador, pero la verdad es que vivía en los suburbios. Tenía más de 12 años sin ver a mi padre, mi mamá vivía de la beneficencia pública y yo no tenía dinero para apostar, pero era un buen jugador de billar.

Así que Marty Lewis ponía el dinero para apostar y yo me encargaba de jugar. Quizá te estés preguntando a dónde quiero llegar con todo esto, pero sígueme prestando atención y lo descubrirás. Resulta que solíamos apostar 100 dólares en juegos de 6 y 9 bolas. Eso era el doble del salario de un ciudadano promedio en 1969. Así que era una cantidad considerable, era apostar tu salario de dos semanas. El asunto es que yo dejé de asistir al billar y había algunas personas a las que había que “ganarles”, así que comenzaron a llamarme a la casa. “¡Johnny! ¡Ya está aquí!” Resulta que había un hombre con el que yo solía apostar, se llamaba Gurney, medía como 2 metros, y él hubiera apostado todo con tal de ganarme, pero aquí entre nos... ¡nunca me ganó!

La cuestión era que me llamaban y me decían: “Gurney y otras personas están aquí. ¿Por qué no vienes y jugamos billar?” Y yo le contesté: “Marty, ¿no te enteraste? ¡Ahora soy salvo!” Y sé lo que algunos de ustedes estarán pensando: “¿Qué tiene que ver eso?” Primero que nada, ¡gracias por preguntar! Pues tiene todo que ver. ¿Recuerdan la letra de la canción? *“Hoy regresé al lugar al que solía ir. Hoy vi a los mismos amigos a los que conocía, y cuando me preguntaron qué había pasado, traté de contarles.*

Gracias al Calvario, ya no regreso aquí". ¿Ven? Gracias al Calvario no soy el hombre que solía ser, gracias al Calvario las cosas son diferentes de cómo eran, así que con lágrimas en los ojos traté de decirles: "¡Gracias al Calvario, las cosas son diferentes que antes!"

Ellos me dijeron: "Entonces..." Y les dije: "¡Ya dejé de tomar!" Esto que estoy diciendo es una sorpresa para algunos de ustedes que piensan que no hay nada de malo con tomar un poco... "¡Ya dejé de decir groserías!" Charles Spurgeon dijo que cuando fue salvo, perdió el 80 por ciento de su vocabulario.

Así que Marty me dijo: "¡No entiendo todo ese tema de la religión! ¿Por qué no puedes seguir viniendo a apostar? ¡Podemos ganar algo de dinero!" Así que escucha lo que hice. La verdad no puedo creer que yo lo haya hecho solo. Fui a casa de Marty, abrí mi Nuevo Testamento —en serio, escucha esto con atención— y le compartí el evangelio utilizando solo versículos de la carta a los Romanos: "Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios". *"Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor". "Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros". "Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo". "Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo".*

Y escucha lo que sucedió. Mientras les compartía —recuerda, no eran mis palabras, era el evangelio que es poder de Dios— así que mientras le compartía el evangelio Marty y a Betty—su esposa— comenzaron a llorar. Me dijeron: "¿Qué tenemos que hacer?"

Yo les contesté: "Pongámonos de rodillas, arrepíentanse y entréguenle su vida a Jesucristo". Esto pasó hace 40 años y hace como seis meses, mientras estaba predicando en la Iglesia Bautista "Peace", en Whiteville, Carolina del Norte, así como estoy viendo a mi amigo John Hagee... y asumo que Tom está a la par de él... vi a Marty y a Betty. ¿Sabes qué es encontrarte con alguien 40 años después?

Así que como voy a predicar acerca del discipulado bíblico y de lo que hace un discípulo, ese día me acerqué y le dije: "Cuéntame tu historia". Nos habíamos desconectado. Dios me había llamado a predicar, me fui de la ciudad, fui a la universidad, al seminario y he estado pastoreando en otros lugares. Así que les dije: "¿Cómo están ustedes?"

Ellos me dijeron: "Bueno, desde esa noche que llegaste a casa hace 40 años, hemos seguido viviendo para Jesús".

"¡Espera un minuto!", dirás, "¿qué habría pasado si ellos hubieran dicho: ¿podrá algo bueno salir de Nazaret?" La mejor forma de responder esa difícil pregunta es diciendo: "Ven a ver". ¿Por qué no invitarlas a que vean con sus propios ojos? El 96% de las personas que llegarán a los pies de Jesucristo serán aquellas —y escucha esto con atención— serán aquellas que fueron invitadas a venir a ver. Nuestros amigos, nuestros familiares, nuestros compañeros de trabajo, nuestros vecinos, todos ellos podrían venir si alguien les dijera: "Ven a ver".

Esta semana leí que el 20% de los creyentes invitarán a otro creyente a la Iglesia. ¿Escucharon bien lo que dije? Solamente el 20% de los creyentes. Esto es uno de cada cinco invitará a otro creyente a la Iglesia, pero solamente el 2% de los creyentes —de los seguidores de Cristo— invitarán alguna vez a un no creyente. Es decir, a alguien que no es salvo. Mira, si alguien se muda a la casa de al lado, tú le preguntarás: "¿Cómo están?"

Y ellos te contestarán: "Bien, ¿saben dónde podemos encontrar una buena Iglesia Bautista? Nosotros asistíamos a la Primera Iglesia Bautista de cierta ciudad de Tennessee".

Y tú dirás: "¡Ah claro, claro! Vengan con nosotros, los invitamos". Solo uno de cada cinco hará eso, pero solo el 2% invitará a personas no creyentes, a personas que no son salvas. ¡El 98% de nosotros no lo hará!

Oigan, ¿alguna vez han escuchado este nombre? No sé si lo han escuchado antes: N.W. Pridgen. Si lo han escuchado, simplemente digan: "¡Ajá!"

Escucha esto con atención. Él es el hombre —ese uno... Natanael fue uno— quien me invitó a venir a ver. ¿Cuántos de ustedes saben que pueden ser ese uno quien invite a alguien y ser recordados por haber tocado la vida de esa persona y, además, que ese uno a quien tú invitaste pueda conocer a alguien más cuya vida cambie para siempre? Y que después ese uno pueda tocar a miles de personas. N.W. Pridgen no sabía que cuando invitó al administrador de aquel billar se convertiría en el presidente de la

Convención Bautista del Sur. Es decir, ¡yo! No creo que él me haya visto como Jesús y haya dicho: “tu nombre es Johnny y serás presidente de una convención bautista”.

Él no sabía que yo me pararía delante de miles de personas para predicarles o que estaría en KINGDOM SAT hablándole a 20 millones de personas cuatro veces al día, cinco veces a la semana, en Teherán, en Israel, en Jordania, en Egipto, en Argelia, en Túnez y en Marruecos. Yo era simplemente uno.

Alguien dijo: “No podemos ver el bosque por culpa de los árboles”. El problema es que no podemos ver un árbol por culpa del bosque. Un árbol es solo uno.

Estaba en Wilmington y Scott me invitó a predicarles a los del coro de adultos mayores. Este año estaré con ellos nuevamente, así que si tu padre está en el grupo de adultos mayores, convéncelo de que vaya porque voy a pasar toda la semana con ellos y los voy a enderezar a todos y cada uno de ellos.

Estábamos en la primera Iglesia Bautista de Scottsdale —si no me falla la memoria— esa noche prediqué, hice la invitación y solo uno respondió. Fue mi primo James Ray, quien murió hace un año. Yo oficié su funeral y recuerdo que esa vez dije delante de todos: “Ya que estoy aquí, debería ir a visitar a su madre. Sé que aún vive y está en un asilo de ancianos. Su nombre es Avi y es mi tía favorita. Oren por mí, para que cuando la visite pueda compartirle el evangelio”.

Entonces me dieron: “Sería bueno que la visitaras, pero la verdad es que ella ya conoce el evangelio”. Yo pregunté: “¿Cuándo fue salva mi tía Avi?”

Me contestaron: “¿No te enteraste? Después de que James Ray fue salvo, ella fue a visitarlo y no pudo reconocerlo por lo mucho que había cambiado, así que le dijo: hijo, ¿qué te ha pasado?”

Él le contestó: “Bueno, mamá, no sé por dónde comenzar, pero fue algo que Johnny me compartió”. Y ella dijo: “Pero él vive en Atlanta, ¿qué pasó contigo?”

Así que James fue con su pastor a contarle todo esto y luego su pastor fue con Avi y ella recibió al Señor. ¡Solo se necesita uno!

Tengo aquí algunas preguntas, son incómodas, pero por favor, sean francos: ¿podrías decir el nombre de una persona —en mi caso, cumplí 40 años como cristiano el lunes pasado. Fue el 7 de enero de 1973, hace 40 años — ¿podrías mencionar el nombre de una persona que en todos estos años que has sido cristiano ha llegado a los pies de Cristo porque lo invitaste a la iglesia o porque tú mismo le testificaste? Solo uno nombre. Me pregunto cuántos de ustedes dirán: “¡me niego a entrar al cielo con las manos vacías!”

Recibí una llamada de un viejo amigo, hemos sido amigos desde la infancia. Cuando estaba pastoreando en Raleigh Carolina del Norte —en la Iglesia Bautista Falls, sobre la carretera Falls of Neuse— y estaba estudiando en el Seminario Teológico Bautista del Sureste, invité a mi amigo de la infancia para que asistiera y me escuchara un domingo de Semana Santa. Él no hizo el menor gesto durante el servicio, pero una semana después sonó mi teléfono, fue algo muy inusual.

Yo iba que ir al hospital, pero ¿alguna vez has sentido la necesidad de quedarte en donde estás, como si algo te dijera que no te movieras? Yo le había dicho a mi esposa que tenía que salir al hospital.

El asunto es que como una hora después ella regresó y me dijo: “¿qué estás haciendo aquí? Pensé que ibas al hospital”.

Yo le dije: “¡Yo pensé lo mismo mi amor! La verdad no sé qué es lo que pasa, pero siento que no me debo ir aún”. Esto pasó en la época de los teléfonos fijos, antes de los celulares.

De repente, mi teléfono sonó y era mi amigo de la infancia. Él me preguntó: “¿Puedes venir a mi casa?” Y le contesté: “¡Con gusto!”

Él me dijo: “déjame decirte de qué se trata para que puedas pensar sobre ello mientras conduces para acá: ¡estoy harto y cansado de estar harto y cansado!”

Fui a su casa y llevé a mi amigo de la infancia a los pies de Cristo. Su nombre es Donald Pope y Dios es mi testigo, él no sabía que yo iba a compartir esto el día de hoy. Él es pastor de la Iglesia Bautista de Hampstead y esta mañana me mandó un mensaje de texto que decía: “Estoy orando para que este día Dios derrame su unción sobre ti”.

Por cierto, yo lo llevé a los pies de Cristo en el mes de mayo, siete años después de que yo comencé a ser cristiano. Es uno de mis amigos de toda la vida, ¿qué está haciendo ahora? Es un ministro del evangelio de Jesucristo. ¿Qué les dije que era el evangelio? Es poder de Dios para salvación. Creo que olvidé decirles esto, pero Pablo dijo: “*No me avergüenzo del evangelio*”.

¿Qué significa avergonzarse? Significa tener miedo de hacer algo o de ser rechazado. ¿Por qué puedes tener miedo? Porque pueden humillarte y hacerte sentir mal. Pero aquí estamos hablando acerca del compartir el evangelio y lo que Dios puede hacer a través de uno.

Todos ustedes saben que no soy alguien a quien le gustan los deportes, quizás porque tuve un padre ausente que nunca estaba en casa, ¡no lo sé! Jugué billar, pero nunca me interesé por el fútbol americano, el béisbol o juegos así. Así que, puede que yo vaya a tu casa para ver la final del fútbol americano, ¡pero solo si me tienes listas unas “alitas picantes”!

¿Les puedo decir algo? No se enojen, ¡perdón Atlanta!, pero la verdad es que no me interesa el fútbol americano. Nunca había escuchado hablar tanto acerca de los Bulldogs. Nunca había escuchado hablar tanto acerca de Alabama, de Notre Dame... Quiero preguntarles algo —porque se les nota que saben mucho de estadísticas y que tienen todas las respuestas, ¿verdad?

No quisiera ser grosero, pero a la luz de lo que estoy predicando, ¿les importaría si hago un pequeño estudio comparativo? Quien sea el que haya ganado el campeonato de fútbol americano, eso no importará en la eternidad. ¡Lo que importa es a quién ganaste tú! ¡A quién ganaste tú! Ese “uno” que debes de alcanzar, ¡eso es lo que importa! Damas y caballeros, pueden seguir hablando sobre el fútbol, pero ese no es el problema, mejor aprendan a hablar acerca de ese “uno” que tienen que alcanzar.

¿Por qué es importante encontrar la perla de gran precio? Por cierto, las perlas se encuentran dentro de los moluscos. Yo he ido a recolectar ostras en las bahías de Wrightsville y en la Playa Carolina en Wilmington, en donde crecí.

Permíteme ver si puedo explicártelo. Mejor aún, un amigo mío te lo explicará a través de una lectura devocional que él me envió esta semana. Su nombre es Michael Youssef y escuchen lo que dice: “En esta parábola, Jesús nos dice que el reino de los cielos es como un comerciante que está buscando perlas finas.

Hay dos cosas que debes saber acerca de las perlas para entender esta ilustración bíblica. Primero que nada, en ese entonces las perlas eran la mercancía más valiosa. No solo una mercancía valiosa, sino la más valiosa. En aquella época eran más valiosas, incluso, que los propios diamantes. Las perlas tenían gran valor porque sumergirse para encontrar ostras que contuvieran perlas era una actividad extremadamente peligrosa. Muchas personas perdieron la vida sumergiéndose, buscando este tipo de ostras.

Tanto su belleza como su escasez era lo que hacía de las perlas algo extremadamente valioso, la gente pagaba muchísimo dinero y hasta podían entregar sus posesiones con tal de obtener una perla invaluable”. Y fue solamente por medio de la cruz romana que el único y perfecto Dios hecho hombre sufrió, se desangró y murió. Es únicamente por medio de su muerte en la cruz y de su resurrección de entre los muertos, que la preciosa perla de salvación puede estar disponible para nosotros. No hay nada que pueda compararse con esta perla.

Únicamente, a través de la muerte y resurrección de Jesucristo, es que podemos tener el cielo asegurado. Únicamente, a través de él, podemos encontrar el perdón de los pecados. Él es el único que nos puede dar la verdadera paz, seguridad, identidad y descanso para nuestras almas. Yo he encontrado la perla más valiosa. Si eres cristiano, ya has encontrado la perla más valiosa. Si Dios pudo usar a Natanael cuando llegó a los pies de Jesús, ¡entonces también te puede usar a ti!

Lo que no les dije sobre Natanael —nuestro amigo escéptico— es que la Biblia nos cuenta que tan solo unos minutos después, él dijo al Señor: “*Rabí, ¡tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!*” En un momento fue crítico, apático e indiferente, y al siguiente estaba elogiándolo.

Este fin de año, Stephanie —a quien mi esposa mentorea — me hizo una pregunta: “Pastor Johnny, ¿cuál es su resolución año nuevo?”

Yo le contesté: “yo soy uno”.

“¿Le importaría explicarme qué quiere decir?”

Así que le dije: “Quiero ser un mejor testigo. Y estas son las palabras que quiero usar, quiero ser un testigo intencional. Intencional”.

Ahora, hay tres palabras que vinieron a mi corazón y quiero compartírselas a todos ustedes. Aparecen en la pantalla. ¿Pueden verlas? Este año quiero dar testimonio con intención y quiero mostrarles la diferencia que eso ha hecho en mi vida desde el primero de enero.

Quiero poder rendir cuentas. Quiero un compañero a quien rendirle cuentas y con quien compartir a quien le estoy dando testimonio y por quién estoy orando. Después, quiero madurar en mi vida como hacedor de discípulos. Muchos de los que me siguen en Facebook vieron que esta semana hablé acerca de tres cosas importantes que me gustaría ver este año.

Estuve en Gatlinburg y Dios me honró con la oportunidad de predicarle a 20,000 adolescentes. Fue el 2 de enero, estábamos finalizando la conferencia, recién había compartido el último de cuatro mensajes con ellos y mientras todos salían —quiero que escuches esta historia— “¡Disculpe!”, me dijo una joven, “¿es usted el hombre que acaba de predicar?”

“Claro que sí, señorita”.

“Hola, me llamo Ashley Claxton y nunca he asistido a la Iglesia”. Ella tenía unos veintitantos años. “Soy parte del equipo de mantenimiento y mi tarea era mantener este lugar limpio antes, durante y después de las conferencias”. Ella continuó: “Ustedes tienen una música grandiosa”. Ellos habían estado escuchando Casting Crowns, y Tenth Avenue North.

Después me dijo: “Nunca había escuchado ese tipo de música y me sentí muy identificada”. Y continuó: “Lo escuché predicar hace un par de días y no he podido dormir desde entonces”. Y agregó: “De hecho, esta mañana...” —Dios es mi testigo de que estas fueron sus palabras— “no tengo suficiente gasolina en el tanque para regresar a casa, pero escuché que usted iba a predicar otra vez, así que conduje desde Sevierville hasta Gatlinburg porque usted predicaba un mensaje diferente”.

Mi esposa estaba cerca y la llamé: “Janet, ¡ven aquí, mi amor!” Comencé a compartirle el evangelio, que Jesús había muerto, que había sido sepultado y que había resucitado de los muertos. Que la ira de Dios que merecemos por nuestros pecados fue absorbida por Jesús mismo en la cruz y que si tan solo se arrepentía de sus pecados, creía en el evangelio, colocaba su fe únicamente en Cristo, Jesús la salvaría y cambiaría su vida. Ella estuvo llorando todo el tiempo que estuve compartiéndole el evangelio. Después simplemente le dije: “Ashley, ¿quisieras esta mañana arrepentirte de tus pecados y poner tu fe en Jesucristo?”

Y ella contestó: “¡Lo deseo más que cualquier otra cosa!”

Oramos juntos y ella le dijo a Cristo que entrara en su corazón y la salvara. De manera que el 2 de enero, después de hacer mi resolución de año nuevo —intencionalidad, rendición de cuentas y madurez — Ashley recibió a Jesucristo. Aquellos que acepten la identidad de Jesucristo — quién es él — también abrazarán su misión y compartirán a Jesús con los demás.

Miren, llevar a otras personas a aceptar a Jesús como su Señor y Salvador, es la mejor forma en la que podemos reflejar todo lo que conocemos acerca de él. Entonces, ¿a quién le compartirás hoy sobre Jesús? La vida del reino se trata de “*ven a ver*” y “*ve y comparte*”.

Ahora, tengo un desafío para todos ustedes. Es un desafío sencillo. Hablando de números esta mañana, somos alrededor de 4,000 personas en este salón. ¡4,000 personas! Si el próximo servicio se parece al de la semana pasada, habrá unas 2,700 personas más. Así que muchas personas escucharán este desafío. Si eres un seguidor de Cristo, quiero compartirte tres desafíos. Solo tres y quiero que los recuerdes por medio de esta palabra: “UNO”. Te voy a pedir que hagas un compromiso público. Si te comprometes a hacerlo, te voy a pedir que te quites la vergüenza y hagas un compromiso.

Número uno: que cada uno de ustedes como seguidores de Cristo, como miembros de la Iglesia, inviten a alguien que no sea creyente, que no sea salvo. No te corresponde juzgar si ellos conocen a Dios o no, pero si sabes que no van a la iglesia, ¿los

invitarías a desayunar, a almorzar o a cenar contigo en este año? Te quedan 50 semanas para lograrlo. Y ya que estamos en esto, imagínate lo siguiente: “Estás sentado en un restaurante e invitas a una persona a comer. Mientras estás a la mesa, le puedes decir: “Nunca te he contado esto, pero ¿me permites relatarte mi historia?” Y le cuentas la historia acerca de cómo llegaste a Jesús. Memoriza algunas Escrituras porque el evangelio es poder de Dios para la salvación, no tu testimonio. El evangelio es poder de Dios para la salvación. ¿Me explico? Uno: invita a uno. Tienes 50 semanas, y si no eres intencional con esto nuestra comunidad va a morir sin conocer la perla de gran precio.

Número dos — continuando con la idea de invitar a una persona— hace un tiempo escribí un mensaje llamado: “No necesitas pasaporte si tienes una mesa con comida”. Jesús se sentaba todo el tiempo a comer con las personas. Incluso, nos dijo a quiénes deberíamos invitar a nuestros hogares: a los marginados, a los que no pudieran corresponder nuestra hospitalidad, etc.

¿Cuántas de las familias que están aquí podrían invitar a comer a su casa a una familia en una de las próximas 50 semanas? Simplemente toca sus puertas y diles: “¡Oigan! Hemos vivido aquí...” diles el tiempo que llevas allí, “mi esposa y yo”, o: “mi familia y yo”, “mis hijos y yo”, o: simplemente: “yo”, porque eres soltero. Entonces les dice: “Quisiéramos invitarlos a cenar en nuestra casa”.

Y mientras estén sentados a la mesa —les contaré como sucederá en nuestra casa, porque ya lo he decidido —Recibiremos a una familia de vecinos y les diré: “Les agradezco que hayan venido a cenar con nosotros, solamente queremos conocerlos. Y ya que estamos aquí, quiero pedirle a Janet...” porque tengo el don de delegar, así que le diré: “Quiero pedirle a Janet que nos comparta como conoció a Cristo siendo una adolescente”. Y Janet contará su historia.

Estamos hablando de uno y tienes 50 semanas para lograrlo. No venimos a la iglesia simplemente para escuchar un sermón, venimos para abrazar la verdad y para tomar decisiones. ¿Invitarías a una persona a comer? ¡Piensa en eso! Piensa en alguien con quien trabajas todos los días y que no le hayas compartido el evangelio. Invítalo a comer y dile: “Quisiera contarte mi historia”. Por cierto, si eres cristiano, tienes una historia. Si no tienes una historia, habrá una invitación al final del servicio para recibir a Cristo.

Número tres. Uno. ¿Cuántos de ustedes se comprometerían esta mañana a invitar a una persona no creyente o que no sea salva para que asista con ustedes a la Iglesia este año? Vean a su alrededor. Si hay un asiento vacío a su lado, levanten su mano. Si hay un asiento vacío a tu lado, levanta tu mano. Hay manos levantadas por todos lados, allá arriba en el balcón. De hecho, les voy a decir de antemano que la capacidad de este auditorio es de 3,000 sillas. Hay 117,000 personas viviendo en 35,000 hogares. Hay 117,000 personas viviendo en 35,000 hogares en un radio de 8 kilómetros alrededor de esta iglesia. Y solo para que lo sepan, hemos tocado la puerta de cada uno de esos hogares. Hemos tocado la puerta de cada uno de ellos. El domingo pasado traje a seis invitados conmigo. ¿Les parece si somos radicales por un momento? Si tú trajeras, si todos trájeramos seis invitados la siguiente semana —ojo, que ese no es el desafío — pero si lo hiciéramos, seríamos 24,000 personas. Tendríamos a protección civil y a los bomberos aquí afuera preguntando: “¿Qué está pasando allí adentro?” Pero lo único que estaría pasando sería que comenzaste a invitar personas. Y eso no sería nada.

Solo estamos hablando de 24,000 personas. Hay 5 millones de personas que viven en nuestra ciudad. Necesitamos algunos Felipes que inviten a algunos Natanaeles y necesitamos algunos Andreses que inviten a sus hermanos Pedros. ¿Invitarías a una persona? Cada uno traiga a uno. En mi devocional de esta semana estuve leyendo a Boyd Bailey y él estaba hablando acerca de “venir y ver”. Era primero de enero y me dio tres ideas. Invita a uno... Y escucha esto porque tiene que ver con el sermón, aunque ya había escrito el sermón. Invierte en uno, sal a comer con alguien. Invita a alguien a tu casa o ve a un restaurante, y luego preséntale a alguien más. Que no te importe lo que suceda entre ellos después de presentaste, al menos los habrás presentado. Uno de nuestros miembros —y estoy seguro de que está aquí esta mañana — vino a verme esta semana. Su padre murió hace pocos días y quería que yo orara por él. Me dijo: “Pastor, fui a ver a mi papá una y otra vez hasta que falleció esta semana a sus 80 años ...” Su padre falleció inesperadamente y ellos habían comido juntos el último fin de semana. Él me dijo: “Hasta donde sé, mi padre nunca invitó a Jesucristo a su vida”. Y le dije: “Mi querido amigo, hay una sola cosa en la que puedo pensar que podría ser insoportable para ti. ¿Nunca le hablaste? ¿Nunca le hablaste acerca de Jesús?”

Pero, me dijo: “¡Claro que le hablé de él!” Y añadió: “De hecho, en ocasiones se molestaba conmigo porque le insistía muchas veces”. “¡Ya vas de nuevo!”, me decía.

Yo preferiría pararme delante de un féretro y escuchar las palabras: “¡Ya vas de nuevo!”, en lugar de: “¡Oh, Dios! ¡Ten misericordia de mí porque nunca le compartí de ti!” Jesucristo en nosotros es una ventana hacia las maravillas de la gracia de Dios. Voy a

hacer esto muy rápido. Permíteme hacer esto muy rápido. Necesito que me prestes total atención porque quiero hacer una invitación pública y es la siguiente. Y voy a seguir esto, porque no me gusta lo que estoy a punto de hacer, así que simplemente voy a hacerlo... No, no lo haré. Acabo de cambiar de parecer. No haré el resto. Tenía 10 cosas que quería compartirles, pero si lo hago me voy a frustrar.

En el nombre de Jesús, ¿cuántos de ustedes harían el compromiso de ser intencionales para invitar a “uno” a la iglesia, para invitar a “uno” a cenar a su casa y llevar a una persona este año a Cristo? Por favor, ponte de pie. ¡Pónganse de pie! Quizás no todos, pero sí la mayoría. De acuerdo, permanezcan de pie y piensen en esto por un momento. Somos casi todos, ¡deberíamos ser todos! Pero con dos o tres que se levanten, estará bien. No se sientan presionados, tampoco se trata de eso. Un día vamos a desear que en lugar de sentirnos cómodos en la iglesia mientras marchamos al infierno, alguien hubiera subido la temperatura para que pudiéramos entender que la eternidad es demasiado larga como para conformarnos con estar equivocados.